



"TE DEUM LAUDAMUS"

CHILE: UNA CASA EDIFICADA SOBRE ROCA

Homilía del 18 de septiembre de 2026

**Cardenal Fernando Chomali G.
Arzobispo de Santiago de Chile**

Catedral Metropolitana

¡CHILE, CHILE LINDO, CÓMO TE QUERRÉ!

En este día, al igual que todos los años, celebramos el inicio del proceso que nos llevará a nuestra independencia. Qué país más hermoso, qué país más noble, qué emocionante ver, cada mañana, a millones de chilenos y migrantes yendo a trabajar después de ir a dejar a sus hijos al colegio. Qué belleza esa cordillera que nos mira día a día y qué resiliencia más notable de esa comuna incendiada o devastada por los temporales. Ahí están sus habitantes, compartiendo la olla común y acompañándose en medio de la dificultad. Ahí están las juntas de vecinos, los bomberos, los carabineros, la defensa civil, las fuerzas armadas, el párroco, el municipio y los voluntarios. Ahí está el alma de Chile que construye, día a día, de sol a sol, el país que amamos y hoy celebramos. ¡Chile, Chile lindo, cómo te querré!

A Chile podrán golpearlo mil veces, pero mil veces se levantará, porque su campo de flores bordados es la copia feliz del Edén, y porque no hay espacio ni tiempo para el pesimismo estéril. Chile, escucha esta declaración solemne: Te amamos entrañablemente porque eres nuestra patria.

Chile sabe que el trigo y la cizaña crecen juntos, pero sabe también que su futuro es promisorio en virtud de su fe indestructible fundada en la promesa del Señor que nos aseguró que estará con nosotros hasta el fin de los tiempos.

Que no nos invada el pesimismo y menos la desesperanza porque la verdadera medida de nuestro país no es la ausencia de sus males, sino la suma de sus virtudes. Y basta recorrer Chile para reconocerlas en cada rincón, y sobre todo, en cada uno de sus habitantes.

Una nación, al igual que una casa, se levanta con esfuerzo - piedra sobre piedra - en las fábricas, en las salas de clases, en los hospitales, en los servicios públicos y en las Iglesias, pero sobre todo al interior de cada hogar. Ese es el Chile que no sale en las noticias, pero que día a día, y con mucho esmero, sostiene nuestra dulce patria.

En este contexto de alegría y de esperanza, también sabemos que cada generación hereda los acontecimientos, cambios y anhelos de su tiempo. El presente nos exige reflexionar con serenidad, sentido de unidad y la certeza de que los grandes desafíos sólo se superan trabajando juntos. No están los tiempos para proyectos personales, para pasar cuentas, para superficialidades y menos para frivolidades.

Es el tiempo de ampliar la mirada, conocer la realidad y, sobre todo, abrirse al otro sin prejuicios. Es el tiempo de la reflexión serena y sin ideologías pensando en el bien de Chile, de nuestro Chile.

En este espíritu de oración es bueno preguntarse: ¿qué es lo que nos interpela? Por cierto, la pobreza, no sólo material sino también espiritual; la violencia, que erosiona la seguridad y la confianza en el otro; el desencuentro político, que fragmenta el diálogo y dificulta los consensos; la baja tasa de natalidad y el rápido envejecimiento de nuestra población; las nuevas tecnologías y el uso de la inteligencia artificial que traerá graves consecuencias en la educación y el empleo. Y, por último, el mal de todos los males, la corrupción, en todas sus formas y expresiones. Un verdadero cáncer que si no se detiene a tiempo nos traerá mal sobre mal, dolor sobre dolor, muerte sobre muerte. Ese no es el Chile que conocemos, no es el Chile que fundaron nuestros próceres, no es el Chile que queremos para las futuras generaciones.

No obstante, somos libres de elegir el camino que deseamos transitar y, por lo mismo, a partir de la realidad debemos discernir con la cabeza, el corazón y las manos cómo enfrentaremos el futuro. Es el tiempo de la valentía, del coraje, de los grandes relatos y de la épica heroica. Es el tiempo de los grandes acuerdos y de los generosos consensos. Es el tiempo de la unidad en medio de la diversidad.

Frente a este desafío, los invito a mirar a Cristo, conocerlo más de cerca y escuchar su mensaje sin igual de amor al prójimo, de verdad y de justicia. Él conoce cuáles son nuestras debilidades, pero también nuestras fortalezas, y nunca pierde la esperanza y la fe en nosotros y, nos llama a nunca perder la confianza en Él.

En el Evangelio de San Mateo, Jesús nos habla de la necesidad de construir sobre roca. Y Él es la roca. Esa imagen lleva a preguntarse si Chile está dispuesto a seguir esa enseñanza, porque una casa fundada sobre roca no se desmorona, no cede frente a la incertidumbre ni teme a las tormentas que hoy son las presiones geopolíticas, el pesimismo crónico, la desesperanza aprendida, y aquellas que anidan en el corazón del hombre: el excesivo afán de protagonismo, la codicia sin límites y la corrupción.

Construir sobre roca, Jesucristo, es reconocer la centralidad de la persona, creada a imagen y semejanza de Dios, a la hora de tomar decisiones de cualquier orden.

Significa compromiso para superar las dificultades; disposición para proponer soluciones y no sólo para criticar; humildad para reconocer los errores y generosidad para recomponer las confianzas.

Significa salir del pragmatismo asfixiante y reconocer la complejidad de la vida y que la razón y fe, las ciencias y las humanidades, la técnica, la ética y la estética, están llamadas a vincularse armónicamente.

Significa levantar una casa firme, donde todos tengan cabida más allá de sus diferencias, y donde el norte sea el bien común y las oportunidades de desarrollo de todos sus habitantes.

Para lograrlo sus líderes deben dar testimonio de rectitud, honestidad a toda prueba, responsabilidad en el ejercicio de sus cargos, determinación para tomar decisiones complejas y un profundo sentido de unidad. Todos los estamentos de la sociedad -políticos, religiosos, judiciales, económicos, las Fuerzas Armadas y la sociedad civil- son necesarios para que los cimientos de nuestra casa común, esa que llamamos Chile con tanto orgullo e ilusión, sean suficientemente fuertes para sostener la alegría y la esperanza de sus habitantes, y un verdadero sentido de futuro. Atenta contra este proyecto de país la corrupción porque corroe los cimientos de la sociedad, convirtiéndose en el enemigo número uno de Chile, porque le abre la puerta al crimen organizado, a la delincuencia, al narcotráfico, a la trata de personas y a todo lo que impide crecer en paz como país.

No habrá una sociedad sana, escuelas sanas, empresas sanas, calles tranquilas y niños jugando en las plazas si al interior del Estado hay signos de corrupción. Erradicarla es prioritario porque enloda a la inmensa, repito, la inmensa mayoría de chilenos y migrantes que son ciudadanos ejemplares y que embellecen a la sociedad con su presencia y su actuar.

Erradicarla es prioritario porque un árbol corrompido en sus raíces no dará buenos frutos.

¿Cuáles debieran ser nuestras aspiraciones? ¿Cuáles son las preguntas que debemos hacer para encontrar las mejores respuestas sobre nuestro devenir? Una vez más, recorro a la parábola de Jesús, ya que podemos elegir construir sobre arena y ver como la casa se derrumba o, por el contrario, elevar una construcción sólida, fundada en Jesucristo que nos impulsa a vivir en aquellos valores que nos dignifican y en principios que nos permitan trascender.

En su encíclica *Magnifica Humanitas*, el Papa León XIV nos invita a reflexionar no sólo acerca de la Inteligencia Artificial, también desea hacernos discernir sobre la importancia de saber escuchar y no encerrarnos en nosotros mismos. Es así, entonces, como deseo invitarlos al ejercicio de salir al encuentro del otro para escucharlo y poder descifrar juntos los dolores que nos aquejan y que requieren de nuestra máxima atención.

1. POBREZA Y SOLEDAD: LOS ROSTROS SILENCIOSOS DE LA VULNERABILIDAD

Los impactos de la pobreza sobre una persona son punzantes, agudos y debiesen hacernos reaccionar, ya que no sólo le resta oportunidades de progreso, sino que también genera desesperanza, al sentirse no valorado y excluido de la sociedad. Además, en un mundo que suele medir el éxito por la acumulación de riqueza, que privilegia más la competencia por sobre la cooperación, y que sitúa lo individual por sobre lo comunitario, es difícil que podamos generar las condiciones para que ésta disminuya.

El Papa Benedicto XVI expresó que superar la pobreza y la marginalidad es una cuestión ética que debe orientar las decisiones hacia una sociedad que cuida, protege, pero también que impulsa y ofrece las herramientas necesarias para vencer el desamparo, el sufrimiento y la soledad que emanan de la pobreza. Y es precisamente la soledad otro rasgo de nuestra sociedad que nos debe preocupar profundamente.

Muchos jóvenes viven permanentemente conectados y, sin embargo, experimentan una profunda soledad. Uno de cada cinco jóvenes reporta vivir esta experiencia y, a la vez, un 41 % se auto percibe como bueno para nada.

Entre las personas mayores de 60 años, un 49,2% experimenta soledad no deseada, y el riesgo de aislamiento social es aún mayor.

Existe, además, otro grupo del que se habla poco: personas entre los 30 y los 39 años que declaran sentirse aisladas, con bajo apoyo social y sometidas a fuertes presiones laborales, económicas y familiares.

¿Qué estamos haciendo para que el amargo desafío que nos plantea la soledad deje de consumir las esperanzas de tantos que necesitan estrechar lazos, sostener vínculos y sentir la empatía de los demás? El Papa Francisco lo repetía incansablemente: debemos salir al encuentro del otro para vencer el miedo y fortalecer el tejido social.

2. MENOS NACIMIENTOS, MÁS ENVEJECIMIENTO

Y si de tejido social se trata, el nuestro está debilitándose de forma alarmante. Nuestra población envejece rápidamente. Según las proyecciones del INE, en dos años más Chile vivirá un cruce demográfico decisivo: por primera vez, y de forma permanente, habrá más personas mayores de 65 años que niños menores de 15. Al mismo tiempo, la natalidad continúa cayendo y nos sitúa entre los países con los niveles más bajos: durante los próximos 15 años, la población escolar representará sólo el 10,8% de la población total.

No debemos olvidar también otra realidad desgarradora: En 2025 nacieron 146 mil 446 niños. Ese mismo año, más de 171 mil ingresaron al Servicio de Protección a la Niñez y Adolescencia.

Estos fenómenos representan un desafío para nuestro porvenir. No sólo porque nuestra fuerza laboral y nuestra capacidad para ahorrar e invertir se verán reducidas, sino también porque cambiará nuestra arquitectura social. Habrá menos niños en las familias y en las escuelas, y será más escaso ese contacto entre generaciones que nos ayuda a construir identidad, transmitir nuestra historia y nuestros valores.

Sin embargo, no basta con describir esta realidad en cifras. Debemos preguntarnos también por las condiciones que ofrecemos a quienes desean formar una familia. La dificultad de acceder a una vivienda, la inestabilidad laboral, las jornadas poco compatibles con la vida familiar, la incertidumbre económica y una cultura que con frecuencia presenta a los hijos como una carga, terminan influyendo sobre decisiones profundamente humanas. La pregunta, entonces, no puede ser sólo cuántos niños nacerán, sino qué tipo de país estamos construyendo para que la maternidad, la paternidad y la vida familiar puedan desarrollarse con esperanza. El dilema “familia o trabajo” no debiese existir. El dilema “hijos o trabajo” no debiese existir. Vamos como país por familia, hijos y trabajo. Ello implica un esfuerzo conjunto del Estado y el empresariado de largo alcance que vaya más allá de lo meramente económico. Jóvenes, a ustedes les digo: formen una familia, asuman responsabilidades, hagan realidad sus sueños, que la desesperanza no sea el motor de sus vidas, sino la confianza en ustedes mismos y en Dios que nunca los abandonará. Gobernantes, empresarios, a ustedes les digo: La mejor política pública es entregar las condiciones necesarias para lograr un empleo formal. Colegios y universidades, a ustedes les digo: eduquen para servir a los demás, para cumplir los sueños, para sacar a los alumnos los dones, los carismas y destrezas que Dios les ha regalado. Como decía Francisco, citando a San Carlo Acutis: jóvenes sean originales y no fotocopias.

El 9,5% de desempleo hoy, significa casi un millón de personas sin trabajo. Esto es un grito al cielo que no nos puede dejar indiferentes.

3. CONFIANZA: LA CRISIS QUE NOS AFECTA A TODOS

La confianza es como el oxígeno: no se ve, no se toca, no tiene sabor ni se huele. Sin embargo, es imprescindible para generar relaciones humanas sanas y la subsistencia de las instituciones. Es por eso, que las conductas que reflejen cooperación, lealtad, coherencia y el compromiso de mantener los acuerdos son los primeros pasos para que la confianza retorne.

Es lamentable apreciar que vivimos insertos en una crisis de confianza. En efecto, sólo dos de cada diez chilenos cree que se puede confiar en la mayoría de las personas, y durante la última década se ha ido consolidando una percepción generalizada de que, en Chile, existen altos niveles de corrupción que genera aún más desconfianza.

Esto es grave, ya que la confianza no sólo forma parte de la base de nuestra convivencia, sino que además es el cemento que vincula los estamentos de la sociedad. Es la que une frente a la adversidad; la que genera sentido de pertenencia, generosidad y tolerancia en medio de las diferencias; la que crea normas de convivencia y valores sociales que garantizan mayor estabilidad.

De ella se desprende la convicción de que todos los miembros de la sociedad poseen el derecho a ser tratados con respeto y a desarrollarse en libertad. Por lo tanto, una nación desconfiada atomiza las capacidades de sus ciudadanos, y puede provocar discriminación, temor y segregación social.

Es hora de preguntarse en el santuario de nuestras conciencias ¿de qué manera con mis palabras, gestos o acciones he contribuido a la pérdida generalizada de la confianza en las personas y en las instituciones?

4. UNA VIOLENCIA QUE AMENAZA NUESTRO PROGRESO

Vivimos tiempos en que la violencia y la inseguridad han penetrado espacios que hasta hace poco parecían protegidos. Muchos viven encerrados, con temor, en medio de lazos sociales debilitados, mucho desánimo y bajas expectativas frente al futuro, con sentimientos de desamparo y angustia. Todo esto golpea los proyectos de vida de miles de habitantes, cansados de ver cómo su autonomía se reduce. Ese no es el proyecto que anida en el corazón de tantos chilenos y migrantes de bien que tienen vidas ejemplares en la familia, el vecindario y el trabajo. Y son los más.

Y es que la violencia es injusta, temeraria y cruel; provoca división y caos porque desprecia el valor de la vida y nuestro ordenamiento institucional. La violencia debilita la democracia y por lo tanto el ordenamiento jurídico, social y económico del país.

Frente a ella, la Doctrina Social de la Iglesia propone buscar la paz. Pero ¿qué significa paz? No es solo ausencia de violencia, sino justicia en acción. Se trata de un orden social basado en la verdad, la libertad y la solidaridad, del que surgen la armonía, la confianza y la estabilidad que permiten el progreso humano y material de una sociedad.

Disminuir la violencia, no sólo requiere aplicar leyes. También significa dar a conocer los testimonios de resiliencia y valentía de quienes han ido contracorriente para enfrentarla. Por eso quiero resaltar el sacrificio de tantos profesionales — uniformados y civiles, chilenos y migrantes, de izquierda y de derecha — y de tantos ciudadanos que la enfrentan día a día para que la violencia se aleje de nuestras plazas, escuelas y hogares. Porque una sociedad, instalada en un ambiente de violencia, termina menoscabando sus propias fortalezas, capacidades y talentos. No hay espacio para la violencia, ¡No hay espacio! pero tampoco para las causas que la provocan: segregación, pobreza, falta de oportunidades.

Enfrentarla requiere instituciones firmes, autoridades responsables y una respuesta decidida frente al delito, pero también construir la cultura del respeto. El tiempo apremia: pido, con máxima urgencia, que instauremos estrategias con decisión y coraje para prevenir la violencia, y no sólo para curar sus heridas. Ello no se podrá llevar a cabo si no se dedican los mejores esfuerzos para fortalecer la familia y la educación pública, y fomentar estrategias audaces para que a nadie le falte un trabajo digno y adecuadamente remunerado.

5. SALIR AL ENCUENTRO EN LA POLÍTICA

La democracia supone legítimas diferencias. No estamos llamados a pensar todos de la misma manera, pero sí a aprender a compartir, escuchar y respetarnos en medio de esas diferencias.

Chile necesita una clase política capaz de situarse por sobre la confrontación permanente y que ejerza su labor a través de convicciones claras por sobre intereses personales. Una clase política coherente, con disposición al diálogo y con la humildad suficiente para reconocer que nadie posee por sí solo todas las respuestas que el país necesita. Salir al encuentro de mi adversario (no de mi enemigo) político significa comprender que el bienestar de todos está por sobre el interés de un solo sector.

El Papa Francisco nos invitaba en *Fratelli Tutti* a “rehabilitar la política”, recordándonos que “es una altísima vocación, es una de las formas más preciosas de la caridad, porque busca el bien común”. Esa vocación exige altura de miras, capacidad de escucha y la disposición a poner a Chile por encima de nuestras divergencias. ¡Qué lejos estamos cada vez que vemos episodios de violencia, de maltrato, de descomposición del lenguaje, de episodios de corrupción y de poco decoro entre quienes tienen altas responsabilidades políticas!

6. EN LA ERA DE LA INTELIGENCIA ARTIFICIAL

Frente al avance de la tecnología, el Papa León XIV nos regala su primera encíclica *Magnifica Humanitas*: ¡Magnífica Humanidad!

Enfatizando que nada que sea humano nos deja indiferentes, porque nada se compara al misterio de la vida humana creada por Dios y redimida por Jesucristo, el Señor, y a su posibilidad de trascendencia.

“Nadie puede construir por sí mismo”, nos recuerda el Santo Padre, incluso cuando se trata de las innovaciones de la ciencia más avanzada. Por eso, el uso que le otorgamos a la Inteligencia Artificial depende de nuestras decisiones y nuestra capacidad de gestionarla en beneficio del bien común.

Cuando el Papa León XIV utiliza el concepto “desarmar” la Inteligencia Artificial quiso decir que no se debe renunciar a la tecnología, sino impedir su dominio sobre lo humano. Es bueno recordar que somos un país libre y soberano y que nada ni nadie puede doblegar nuestro proyecto fundado en el respeto a la dignidad humana, la centralidad de la persona, el deber y el derecho de los padres a educar a sus hijos, la libertad religiosa y el derecho de poder emprender. Se hace fundamental un diálogo sincero entre el gobierno, los empresarios, los sindicatos y las universidades para abordar este asunto que tocará los cimientos mismos de la estructura educacional y laboral. El avance de la ciencia debe ir de la mano de la reflexión ética y de la tarea legislativa.

León XIV invita a la magnífica humanidad a iluminar la época de la IA, a través del rostro de Cristo. En Él comprendemos que el hombre está llamado a ser colaborador en la obra de la creación y no un observador resignado ante los procesos tecnológicos que limitan su libertad y responsabilidad.

UN LLAMADO A LA ESPERANZA

Termino con una pregunta que el Papa Francisco formula en la encíclica *Laudato si*: ¿Cuál es el mundo que le dejaremos a las próximas generaciones?

Si somos capaces de ir más allá de nosotros mismos, más allá de lo individual, podremos sembrar esperanza.

Eso es construir sobre roca: comprender que nuestras decisiones tienen consecuencias, que la vida del otro nos concierne y que el bien común exige responsabilidad compartida.

El poeta Vicente Huidobro lo expresó con una imagen poderosa: *estamos todos cosidos a la misma estrella*. Nuestro deber es hacernos responsables de que esa estrella no deje de alumbrar el camino. Chile sólo podrá avanzar cuando dejemos de pensar únicamente desde el tú o el yo y aprendamos a reconocernos, nuevamente, como un nosotros.

Trabajemos juntos en la conformación de nuestra casa común, a través de una cultura del cuidado, que no es más que la civilización del amor, donde cada persona es corresponsable del bienestar de los demás.

Con la misma fe de la Virgen del Carmen, cuyo centenario de su coronación celebramos este año, convirtámonos en tejedores de esperanza en nuestro mundo, compartiendo lo que somos y lo que tenemos, para que la presencia de Jesús crezca entre nosotros y su Reino tome forma.